



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

MAESTROS COMPOSITORES
JERÓNIMO JIMÉNEZ



Inspiración, valentía,
sólida instrucción, que presta
realce á su fantasía,
y... ¡vale más todavía
como director de orquesta!

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—A Vico en la muerte de Calvo, por Eduardo Bustillo.—El sabio y el genio, por Luis de Ansona.—La silba, por José Estremera.—El que habla solo, por F. Serrano de la Pedrosa.—Caza mayor, por Juan Pérez Zúñiga.—El héroe chusma, por Sinésio Delgado.—Ingenuidad, por Mariano Martínez Medina.—Cusmes y mentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Jerónimo Jiménez.—Viajes extraordinarios.—Lectura de drama, por Cilla.



En vista de lo agradable de la temperatura y del decrecimiento de la difteria, la gente ha decidido casarse.

Cuando se hablaba de los efectos producidos por esta terrible enfermedad, todos los que estaban en relaciones amorosas pensaron alejarse del objeto amado, á fin de cortar la aglomeración, que siempre ha sido causa de infortunios; pero ahora que se conoce la poca importancia del mal, los amantes vuelven á respirar el aliento embalsamado de los seres queridos, y acuden á la Vicaría con ánimo de formar el nudo eterno.

Pero no siempre van al altar con la mirada serena las jóvenes desposadas. Hoy la mujer se ha metalizado hasta el punto de menospreciar á los chicos escribientes, por finos que estos sean, y aún no hace muchos días que ocurrió un caso terrible en la Vicaría.

Cuando el severo funcionario cívico-religioso se ocupaba en escribir los nombres de los contrayentes, surgió de improviso la figura de un joven pálido, con americana oscura y ojos azules, que penetró en la oficina atropellando á varias personas y lanzando gritos de enamorado rabioso.

—¿Quién es V.?—le preguntó uno de los allí presentes.

—Soy Lucas.

—¿Lucas!—exclamó la contrayente, desmayándose encima del funcionario, que fué á caer de bruces contra el tintero.

La mamá de la joven quiso arrojarle sobre Lucas para taparle la boca, pero éste se defendía con valor, lanzando palabrotas y arrancándose mechones de pelo.

¡Qué escena más espantosa! El novio pedía explicaciones á su amada, que se había ido á llorar á un rincón, con la cabeza apoyada en unos expedientes: la mamá veladora del honor de la familia buscaba público á quien referir la historia de aquel incidente; Lucas luchaba con los testigos que querían arrojarle del salón, y el funcionario, con la nariz llena de tinta, andaba de un lado para otro, tratando de poner paz y de que le pagaran los derechos.

Nosotros conocemos perfectamente aquella triste historia.

Lucas amaba á Jacoba desde su más tierna edad. Las familias de ambos chicos veían con buenos ojos estas relaciones, nacidas en el portal, porque allí se habían conocido, cuando ella iba á la lonja en busca de dos cuartos de hilo negro, y él regresaba de la escuela de artes y oficios donde le enseñaban dibujo de adorno y aritmética.

Lucas fué creciendo, creciendo, y llegaba á tal punto la confianza que existía entre ambas familias, que la mamá del joven decía muchas veces á la que iba á ser su consuegra:

—¡Ay, qué hijos estos! ¡Arruinan á una! El mes pasado le arreglé á mi Lucas un pantalón que había sido de su padre, ¡y mira cómo le tiene por detrás!

—Debes obligarle á que se sienta sobre cosas blandas.

Jacoba y Lucas continuaban amándose sin la menor novedad, y á él le dieron un destino en ferrocarriles con dos mil quinientos reales, porque tenía una letra muy hermosa, y ella se matriculó en el Conservatorio en la

clase de piano, donde hizo progresos en poco tiempo, tanto que el mismo profesor le dijo á su mamá en el seno de la confianza:

—La chica vale, y eso que tiene unos dedos que parecen chorizos.

—¡Caramba! ¿Y no habría medio de aflárselos?

—Que se los lave en ayunas con una disolución de piedra alumbre y flor de malva, pero sobre todo, que no friegue la loza.

Poco á poco fué notando la familia que á Jacoba se le afilaban los dedos, hasta que ya pudo ejecutar á la perfección la fantasía de la *Sonámbula* y las *Campanas del monasterio*, preciosa composición que hacía las delicias de los vecinos. Entre éstos había un almacenista de curtidos, que en cuanto oía las campanas empezaba á tragar la saliva con dificultad como si tuviera un bulto á cada lado de la garganta, y un día fué á ver á la mamá de Jacoba y le dijo:

—Yo por la música soy loco, Doña Bernardina.

—Sí, ya le oímos á V. tocar por las noches el acordeón.

—Lo estoy aprendiendo por solfa, y ya toco alguna cosilla.

—Vamos, no se haga V. el modesto, que la *Marcha Real* le sale á V. perfectamente.

—Es favor... Pues yo venía á decirle á V. que quiero ver si habio á la Jacoba.

—¿Cómo? ¿A mi hija?

—Sí, señora; el hombre debe pensar en el día de mañana, y yo necesito una mujer, porque un comerciante soltero siempre pierde. A lo mejor vienen las zapateras á comprarme suela, y al verme joven se van sin el género.

Dicho se está que Doña Bernardina acogió con júbilo la proposición del vecino, y aquella noche tuvo una conferencia con Jacoba, que al principio lloró pensando en Lucas, y luego se fué tranquilizando al pensar que el tal Lucas tenía dos mil quinientos reales de sueldo solamente, y además le faltaba un colmillo y otro le tenía todo picado.

—Es muy poca cosa para tí—dijo Doña Bernardina.

—¡Un chico que se llena de granos en cuanto llega la primavera!

En medio de todo, Jacoba suspiraba tristemente, acordándose de las noches pasadas alrededor de la camilla, cuando Lucas se ponía á descifrar acertijos y los sacaba al momento; cuando la traía cucuruchos llenos de pastillas de liquen, de chufas ó de garbanzos tostados; cuando recitaba versos de Camprodón ó de Velarde...

Aún estaba allí, sobre la cómoda, una cajita de madera calada, obra de Lucas, que era una especialidad en este ramo de la inteligencia humana. Había que verle con una caja de tabacos vacía y una sierra: en un par de semanas hacía una rinconera ó una arquita para guardar pañuelos ó cualquiera otra monada.

Pero el de la tienda de curtidos, aunque menos mañoso era más admirado, y Jacoba acabó por decir á Lucas:

—Mamá se opone á nuestro amor: mamá quiere que me dedique al profesorado, y que te olvide á ti para consagrarme al estudio.

—Jacoba, me matas—contestó él.

—Tranquilízate, ten valor.

En esto llegó Doña Bernardina, y dirigiéndose á Lucas le habló así:

—A tí te querremos siempre como si fueras de la familia, que al fin te hemos visto nacer, como quien dice, y cuando tuviste aquel divieso maligno, nadie más que yo te ponía el ungüento; pero, hijo mío, la niña está poco desarrollada y consiste en las relaciones amorosas, porque no hay cosa peor: conque lo que debes hacer es marcharte y dejarla libre.

Lucas se ahogaba, pero supo hacerse superior, y salió de aquella casa con paso firme. Después se lo contó todo á su mamá, que se puso el mantón y fué á ver á Doña Bernardina, celebrando con ella una conferencia; pero todo fué inútil; Jacoba aceptó la mano del de curtidos, y

hoy Lucas anda por ahí, ojeroso y triste, con rodilleras en los pantalones, arrugado el cuello de la camisa y oliendo á aguardiente barato.

—¿Qué te pasa?—se le pregunta.

—La mujer es un monstruo de maldad—contesta.— Yo tenía una novia..... Entré en la Vicaría con el propósito de vengarme, y me pegaron dos ó tres bofetadas en este carrillo. Después me llevaron á la prevención..... Hoy bebo cosas fuertes para olvidar las penas, y no voy á la oficina ni me mudo..... ¡Ay, infeliz del que nace escribiente!

LUIS TABOADA

Á VICO EN LA MUERTE DE CALVO

No te mueras, por Dios, mi buen Antonio; te lo pide la voz de un egoísta que ahora ve, de la muerte de otro artista, en sonetos infames testimonio.

Salen ripio y cascote en matrimonio de los partos de más de un sonetista; y aunque el muerto, por muerto, los resista, ¿los sufrirán los vivos? ¡un demonio!...

No mueras, no; que en fúnebres conciertos, de tu gloria también sobre motivos, te harán con falsas lágrimas entuertos; que hay vates de ocasión, poco aprensivos, que con sus coplas no honran á los muertos y nos matan con ellas á los vivos.

EDUARDO BUSTILLO.

EL SABIO Y EL GENIO

I

—Vuelve en tí—dijo á Colón un sabio;—juegas la vida en la terrible partida, y eso me da compasión; que de esa masa agitada, cubierta de negra bruma, en cada copo de espuma va una tormenta encerrada. Corres, demente, á un azar, y el porvenir no te aterra?... ¡Si en sueño viste esa tierra, mira despierto este mar, y acalla en tu pecho el grito del afán que te enardece... ¡el átomo no merece los riesgos del infinito!... Y, oyéndole el genovés, plegó con desprecio el labio, y...—Eres tonto!—dijo al sabio, alejándose después.

II

Y cuando Colón sentía que la muerte se acercaba,

vió al sabio que le miraba, y escuchó que le decía: —Ya está logrado tu afán; otras tierras descubriste, pero mira el pago triste que en recompensa te dan; afrenta, olvido, desprecio; con qué piensa en este agravio, y dime quién es el sabio, ¡y á ver quién resulta necio!... El mundo es torpe y traidor, y ahora ya comprenderás que no perdone jamás al que le hace ver su error. Y es un loco el que demande consuelo, en sus duras penas, á quien forje las cadenas para sujetar lo grande. —Pues bueno,—dijo Colón; si el mundo es como supones, sirvan tus mismas razones para disculpar mi acción. Con tu lógica me atrevo, y á tu lógica me ajusto; ¡siendo éste malo, era justo que alguien buscara otro nuevo!

LUIS DE ANSORENA.

LA SILBA

(SILVA)

Siendo un chiquilicuatro Mamerto, ya tenía afición al teatro. ¡Qué día tan feliz será aquel día—pensaba—en que se vea mi nombre en los carteles, y paraíso, palcos y platea me arrojen una carga de laureles! Pero una silba... ¡horror! Sólo por eso tengo miedo al teatro, lo confieso. Iba el mozo creciendo, y entre tanto aprendía la música y el canto, y tenía ovaciones en los aristocráticos salones, y todas auguraban al cantante un porvenir brillante. Al cabo su maestro le dijo:—Ya eres diestro; llámate desde ahora Mamertini, y firma esta contrata, y eclipsarás, ganando mucha plata, la gloria de Gayarre y de Massini.

—Ay, Dios, caro maestro, ¡y si me silban! mire usted que un fracaso no lo paso, maestro, no lo paso. —Seguro triunfo predécirte puedo. Firma y ¡zas, á cantar! ¿quién dijo miedo?

Cantó Mamerto al fin muy conmovido y con voz tan incierta y temblorosa, que el público, gozoso y divertido, al neófito dió, por atrevido, una silba espantosa. Decidido á morir, pues no podía vivir perdida su naciente fama, se fué corriendo á la arboleda umbría á ahorcarse de una rama. Pero en el bosque oyó, sobrecogido, un silbido sonoro, y luego otro silbido, y después más y más, y luego un coro. Los mirlos que habitaban en aquellas regiones, alegres ensayaban sus ingratas canciones. Mas el canto Mamerto halló importuno, creyendo que aún duraba el alboroto, y oírlo, y escapar, todo fué uno. Corriendo como perro con maza, no sabía fijamente cómo morir, cuando se vió en un puente del camino de hierro, y dijo:—¡Bravo! ahora llegará la veloz locomotora; pues me dejó arrollar, y de esta suerte hallo segura y rápida la muerte.

Esto pensó; mas cuando oyó llegar el tren, á la carrera se alejó, imaginando que aún llegaba hasta allí la silba fiera, pues la locomotora iba silbando. Luego—nada, es preciso que yo muera—dice, y se pega un tiro con tan mala puntería, que no se hirió siquiera, y sólo oyó el silbido de la bala. Perplejo otra vez corre sin poder decidir cómo matarse, cuando encuentra una torre, y al suelo desde allí quiere arrojarse. Los escalones salva en un momento y, al llegar á la altura, que aún se oye allí la grito se figura, que en las altas ventanas silba el viento. Con esto decidió volver á casa, y ya la vida allí tranquilo pasa.

JOSÉ ESTREMERÁ.

EL QUE HABLA SOLO

Al escribir este epígrafe con voluntad decidida de ridiculizar á los que hablan solos, me he quedado repentinamente cortado y confuso, ain áni-mos para conjurar semejante vicio.

Hasta me parece haberme puesto un poco colorado.

Porque el primero que habla solo soy yo.

¿Qué significa este artículo, sino un buen rato (entiéndase como tiempo, no como deleite) que pasaré expresando mis ideas, en presencia de una cafetera rusa, modelo de circunspección y de reserva?

Yo me lo diré todo y ustedes no me contestarán una palabra.

Pues si esto no es hablar solo, que baje Dios y lo vea.

Algo me consuela la idea de que entregarse al pecado con ocasión de conjurarle, es achaque tan vulgar y contagioso, que empieza en los críticos y... no se sabe dónde acaba, si es que acaba en alguna parte.

Y me alienta más todavía considerar que la burla de la gente sensata recae sobre aquellos que van hablando solos por la calle, sin fijarse en que llaman la atención de los transeúntes, y dando al viento sentidos trozos de oratoria que versan, no sobre graves y difíciles problemas, que no necesitan tanto el vicio; sino sobre el más nimio suceso que les acaba de ocurrir.

—¡Cuidado que se lo dije más de una vez! Maestro, que me estén achas. Maestro, que yo no soy amigo de presumir. Maestro, tenga usted cuidado con este juanete, que cuando da en doler, me vuelve loco. Y el maestro; «No tenga usted cuidado»; y riéndose el muy imbécil, porque no puedo aguantar las cosquillitas que, al tomarme medida, me hacen en la planta del pie... Y ahora me sale el muy tarugo con que nadie lleva la punta cuadrada. ¿Qué tengo yo que ver con lo que hagan los demás? (Animándose). Pues si á mí me da la gana de llevarla como un ladrillo, á él que le importa... vamos á ver...

Esto último se lo espeta en la cara á una fregona que sale disagrada

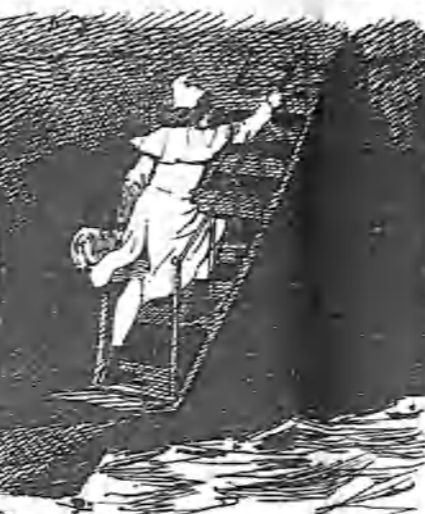
VIAJES EXTRAORDINARIOS



1.—En esto cruzó ante nosotros el bote que conducía á Casilda.



2.—¡Oh, qué rayo de luz ¡Vira á estribor! Me voy á Montevideo con ella.



3.—¿Qué le importan á nadie las fuentes del Nilo?



4.—Nos instalamos á bordo del vapor italiano *Romeo*.



5.—Cuyo capitán me parece que no miraba con malos ojos á mi compañera.
6.—Que tampoco era sacó de paja para el segundo.
7.—Ni para el médico de á bordo.



11.—Como lo demostraban, siguiéndola á todas partes.



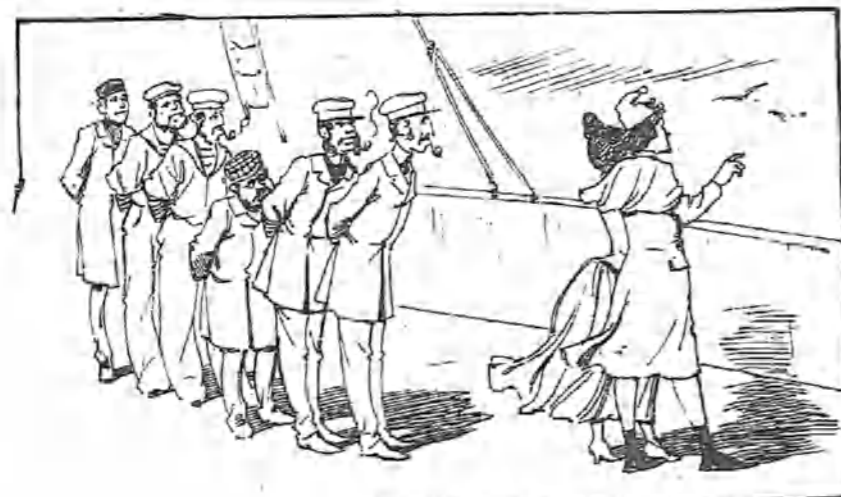
12.—Á proa.



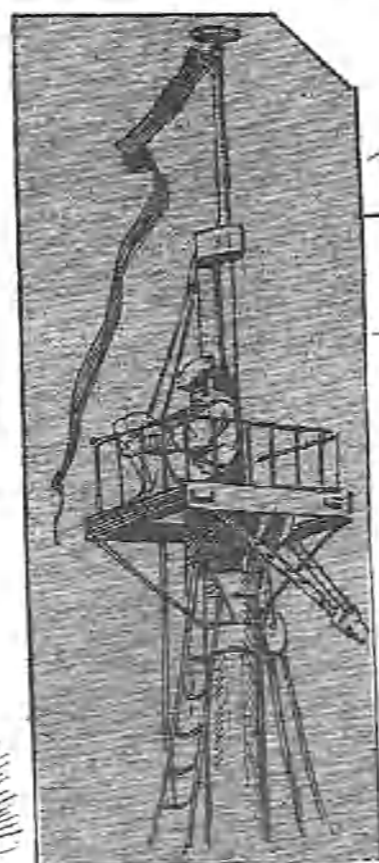
13.—Á popa.



8.—Ni para el primer maquinista
9.—Ni para el segundo.
10.—Ni ¡horror! para el capellán.



15.—Y á estribor.



18.—El vigía en el palo mayor.



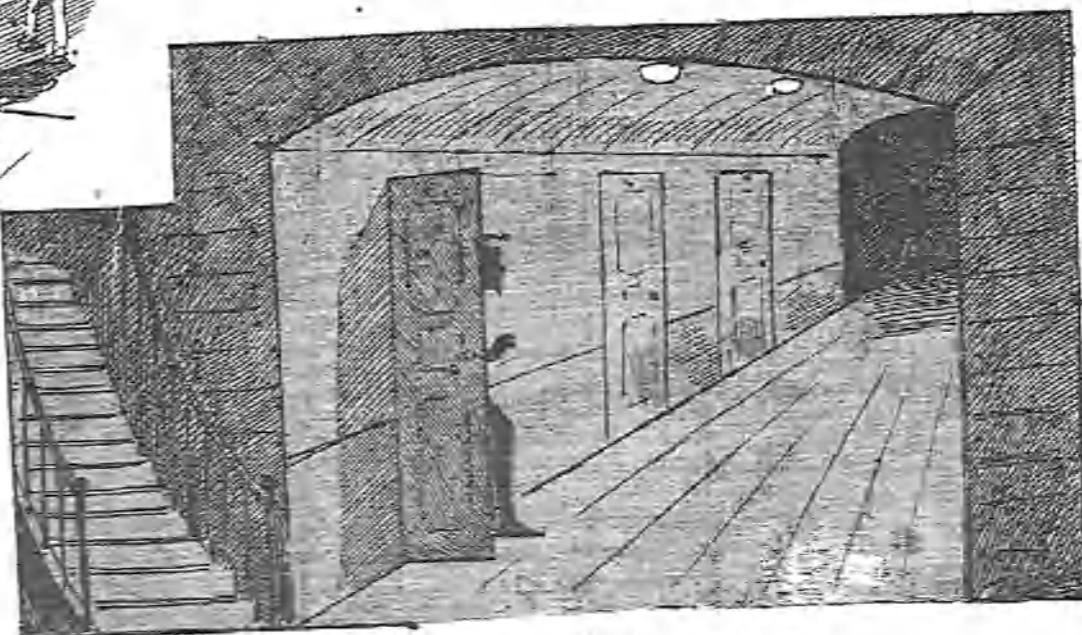
16.—Por lo cual todos los servicios estaban abandonado completamente.



19.—El monje sobre la rueda.



14.—Á babor.



20.—Hasta que una noche, cuando todo el mundo dormía á bordo...



17.—El serviola se dormía con toda tranquilidad en la proa.

de una tienda de ultramarinos, para evitar que el dependiente se prepare.

La fregona se ríe descaradamente de nuestro hombre, y nuestro hombre se sofoca y aprieta el paso, renegando, siempre en voz alta, de los zapateros y de las fregonas.

En rigor, no hay necesidad de demostrar que todo el que habla solo es un infeliz.

El vulgo, que ha filosofado sabiamente sobre casi todas las cosas de este mundo, dice del tipo opuesto al que nos ocupa que «muere con la boca cerrada.»

Dicho se está que no puede ser temible el que constantemente lleva la boca abierta.

Es, por el contrario, un protector de insectos volátiles, los cuales, por aquello de que en boca cerrada no entran moscas, buscan seguro albergue en la del hablador á solas, cuyos labios se abren de par en par á los mosquitos del Retiro.

Porque este es el paseo predilecto del que habla solo.

Cuando él se ve á la entrada de una larga y solitaria alameda y abrumado el espíritu por multitud de consideraciones, siente un gozo inexplicable.

—Pues señor...

Estas sesiones solemnes las abre siempre con un «Pues señor,» dicho con la misma entonación que el «Señores Diputados» de cualquiera que lo sea.

Y prosigue:

—Nadie lo hubiera creído, pero ya es un hecho: la comision ha desechado mis dibujos. (Pausa). Ya lo ves, suerte indecente; ya ves cómo á mí no es fácil darme gato por liebre. ¡Qué más hubieras querido tú, sino que yo me hubiera hecho ilusiones respecto del éxito! ¡Con cuánto más gozo me hubieras dado luego el zapatazo! Pero á mí es imposible. ¿No ves que te conozco? En cuanto vi que tomaba parte en el certamen el sobrinito del Presidente del Tribunal, me la calé; ¡vaya si me la calé! ¿Y de quién son los dibujos aprobados? ¡Pues de quién habían de ser! De ese *Joaquinito Rodejas*, de ese bruto, de ese sinvergüenza. Hombre ¡qué apostamos á que no sabe cubicar el aire contenido bajo una cúpula? ¡qué ha de saber!

—¡Sí, señor! ¡y tres más!—exclama un caballero que desemboca inopinadamente en la alameda.

Nuestro hombre se para en firme, y se dispone á discutir con alinco.

—Sí, señor—repite el otro al pasar;—dijo que se casaba y se casó conmigo; ¡así se le hubiera agujereado la lengua en la ceremonia!

Y se aleja, apaleando con el roten los evánimios.

Es otro que tal.

Y el encuentro de estos tales no es difícil, porque todos son aficionados al Retiro, para cultivar con desahogo el salito jujo.

Al cabo de algún tiempo, el vicio se apodera de ellos por completo; y lo mismo hablan solos en los alrededores del Baño de la Elefanta, que en misa mayor.

Porque, según ellos, echado el entendimiento á discurrir sin freno, va dando tumbos de acá para allá, al impulso desordenado de multitud de ideas que brotan sin orden ni concierto, se atropellan unas á otras y no dan lugar á que la razón dirija, encauce y lleve á feliz término el discurso.

Y está último dicen ellos que se logra por medio de la palabra; lastre que afianza el juicio en las borrascas de la imaginación huracanada; ó si se quiere, especie de señora gorda, que, apoyándose en el brazo del pensamiento, le impide correr y triscar locamente por los campos de la fantasía.

En cambio el cuerpo ha de moverse: todos los que hablan solos son *peripatéticos* ó *Bargossi*, como se quiera; como más á gusto hablan, es andando.

Si les coje el acceso en su casa, se encierran en la habitación más apartada y paseando en la dirección de una diagonal, para que el paseo sea más largo, abordan resbaltamente el disgusto que les ha producido tal ó cual cosa, y se desahogan.

La familia pasa al principio muy malos ratos; porque la causa determinante del monólogo casi siempre es una contrariedad, y de la habitación salen á lo mejor voces tan alarmantes como:—«Usted ha vivido siempre de las liviandades de su mujer.»—Al poco rato se conoce que cambia de asunto, y habla sin duda de algún percal, porque se le oye exclamar:—Sí, señor: ¡pon pintas!

La familia acaba por acostumbrarse, y aunque le oiga decir:—«Yo le pego á usted dos lofetadas»—no le hace más caso que si le oyera rezar la salve, en la seguridad de que, una vez desahogado, nuestro hombre sale de su jaula tan sosegado y tan fresco como si tales bofetadas hubiera habido en el mundo.

A quien infundió un terror profundo es á la alcarraña ó gallega que vive en la mesa.

Mira al señorito con el mismo supersticioso terror que en los pueblos salvajes inspiran los dementes: empieza por escuchar desde el pasillo los monólogos, sirve el almuerzo sin dejar un momento de mirar al amo, por si este coge el cuchillo; con esas distracciones, sufre la loza cruelmente, y la gallega, indispuesta de continuo á fuerza de sobresaltos, acaba por abandonar la casa.

Entre tanto el hablador solitario hospeda en su casa á un amigo que reside en provincias y á quien quiere entrañablemente.

La mujer del hablador se alegra muchísimo, porque confía en que la presencia del huésped será un remedio eficaz contra la enfermedad.

Y el huésped tiene buena presencia.

Advertido de lo que ocurre, interpela al enfermo el primer día.

El enfermo intenta negar, pero acosado por el amigo y por la esposa, dice:

—Pues mira, chico; lo que me pasa no puede ser natural. Vivimos en un mundo muy egoísta. Nadie se interesa por nadie. Por ejemplo: en la mesa del café hago la historia de este condenado plebeo, que va á acabar conmigo, á un sujeto que se había tragado por la mañana un botón de la camisa. Antes de entrar en primera instancia ya le había yo tranquilizado respecto de la suerte del botón ó la desgracia del botón, como él se empeñaba en llamarla. El sujeto escuchó desde ese punto mi historia atentamente, y ya iba yo por el Tribunal Supremo, cuando el hombre me interrumpe para preguntarme si tenemos algún ojal en los intestinos. Y así son todos. Créeme que ya no hay conversaciones. Cada diálogo se compone de dos monólogos.

El amigo protesta, censura, ridiculiza y responde de que él curará la manía.

Y el mismo maniaco se inclina á creerlo, porque sabe que el huésped es hombre acostumbrado á lograrlo todo.

Pero un día, vuelve el de los monólogos á su casa antes de la hora acostumbrada y se dirige en derechura á la habitación de su amigo.

La habitación tiene dos puertas.

A través de una de ellas se escucha confusamente la voz del huésped. Después de un momento de silencio, el marido, presa de una emoción indefinible, penetra en la habitación del amigo, á quien encuentra solo.

—Creía que hablabas con alguien.—le dice.

—[Yo] (*muy turbado*). No lo creas... es que... (*serenándose rápidamente*); ¡vaya! te lo confesaré, me has contagiado de la manía de hablar solo.

—¡Alabado sea Dios! (*echándose en sus brazos*). Ya sabía yo que todo había de ser común entre nosotros.

F. SERRANO DE LA PEDROSA.

CAZA MAYOR

Viven sobre mí tres viejas,
Prisca, Tecla y Asunción,
que parecen tres alméjas
(salva la comparación);
y á todas horas reciben
disgustos y desazones,
porque el cuarto en donde viven
está lleno de ratones.
Y les causan miedo tal,
que, sin exageración,
para ellas no hay animal
tan fiero como el ratón.
En cuanto ven salir uno,
ordenan á la criada
que sin miramiento alguno
le dé muerte á mano alzada.
Y aunque salgan nueve ó diez,
de la sala ó de la alcoba,
todos mueren de una vez
bajo el peso de la escoba.
Las viejas, sin compasión,
me taladran los oídos,
pues al ver algún ratón
comienzan á dar aullidos;
cierran con llave las puertas,
las atrancan con diarios
y pasan las horas muertas
subidas en los armarios.
Con polvos *ratonicidas*
cubren todos sus rincones;
pero siguen invadidas
y no causan defunciones.

Tienen una ratonera
muy bonita y muy segura,
con el suelo de madera
y de alambre la armadura;
mas no cogen ningún preso,
porque es cosa averiguada
que en cuanto ponen el queso
se lo come la criada.
Dirá el lector: «No adivino
por qué no adquieren un gato.»
Ya adquirieron un minino
de mal genio, rubio y chato,
que para el caso servía,
pues era buen cazador;
pero el tupo se ponía
tan furioso á lo mejor,
que le tuvieron que echar
de la casa á puntapiés
porque se quiso tirar
á la mayor de las tres.
En fin, Dios oiga sus quejas
y las deje descansadas,
porque ya las pobres viejas
se encuentran desesperadas;
y en su destructor alfin,
van á envenenar el queso,
aunque nada lograrán,
pues si llegan á hacer eso,
para colmo de aflicciones,
la noche menos pensada
celebrarán los ratones
la muerte de la criada.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

EL HÉROE CHUSMA

Volaba la corbeta viento en popa,
extendido el velamen

que puso el temporal como una sopa,
entre los juramentos de la tropa
y el quejoso crujir del maderamen.

El mar, que turbulento todavía
por el choque feroz de la tormenta
la cubierta barría
con implacable furia violenta,
oponiendo á la proa el oleaje,
al romperse bordaba los costados
de finísimo encaje

y arrancaba blasfemias de coraje
á jefes, marineros y soldados
que huían al azar, medio beodos
y empapados en sangre casi todos.

Allá lejos, perdido entre la bruma,
levantando también montes de espuma,
la mole de un vapor acorazado
seguía, dando caza, á la corbeta
que no tenía entero ni un soldado
ni una hacha, ni un cañón, ni una galleta.

A ratos en la banda del coloso
brillaba un resplandor. se oía un trueno,
aviso de rival caballeroso
pero de fieras amenazas lleno,
y á poco una granada
venía á producir un remolino,
en los revueltos bordes del camino
de la pobre corbeta destrozada.
Un proyectil, al cabo, más certero,
tumbó el palo trinquete,
y al caer el madero
á los abismos, arrastró á un grumete
que trepó hasta la punta como un mono,
y estaba quieto allí como en un trono.

—¡Hombre al agua!

—¡Un grumete!

¡Bah! ¡un granuja!

ya haremos que le digan una misa...

¡Zaz! aprovecha el vendaval que empuja,
no podemos parar, llevamos prisa.

Al caer el pilluelo,
que nadaba lo mismo que un lenguado,
miró primero al mar, después al cielo,
y por fin al terrible acorazado.
Braceó por instinto á la ventura...
y la corbeta se perdió de vista
envuelta de la noche en la negrura,
y el otro barco abandonó la pista.

—¡Abur, y buena suerte en la campaña!
(dijo el pobre grumete con cinismo).
¡Se salvó la corbeta! ¡Viva España!
Y se dejó tragar por el abismo.

SINESIO DELGADO.

INGENUIDAD

— Por lo que he dicho, señora,
estará usted convencida
de que es mi vida una vida
alegre y encantadora.

Yo me conozco á mí mismo
y no hay rubor que me vengza,
tengo muy poca vergüenza
y en cambio mucho cinismo.

Siempre fuerte, siempre firme,
ni me inquieto, ni me agito:
como con buen apetito
y trato de divertirme.

Nunca paso esos apuros
que á otros irritan y exaltan:
cierto que nunca me faltan
en el bolsillo diez duros.

En fin, puedo asegurar
que sin riesgo ni temor
paso la vida mejor
que se puede imaginar.

—¿Y pasear?

—¡Ya lo creo!

no ceso de ir y venir,
como que puedo decir
que es mi principal recreo.

Yo paseo á trache y moche,
y en ello tengo interés,
pero en especial, después
de las doce de la noche.

—¡Ayl de pensarlo me asusto:
aunque es usted fuerte y joven,
¿no teme usted que le roben
y que le den un disgusto?

Mire usted que hay muchos lances
que llegan hasta un extremo...

—Pues yo, señora, no temo
porque estoy de esos percarces,
como ninguno, al corriente:
¿á mí robarme? ¡eso no!
—¿Por qué?

—Porque salgo yo
á robar, precisamente.

MARIANO MARTÍNEZ MEDIANO.



El teatro de la Comedia tiene desgracia.
Ya en la temporada anterior la luz eléctrica hizo un par de jugadas á Ermate Novelli.

Y en la actual empieza con el mismo sistema, apagándose cuando se le antoja y aplazando indefinidamente la inauguración de la temporada.

¡Eso no es defecto del fluido! ¡Eso es cosa de los vecinos de al lado, que se han empeñado en que les molesta la máquina y han sobornado á las ruedas dentadas!

Nuestro colega *El Liberal* ha emprendido una campaña demostrativa de que todos los trenes de las líneas del Norte llegan á la estación de Madrid con notable retraso.

Pero yo creo que esto no es motivo de queja.
¡Porque si algún viajero español llegara á su destino á la hora marcada le parecería que le faltaba algo!

Ayer te alzaste las faldas
por no mancharte de barro;
¡Valgame Dios, morenita,
qué flaca te vas quedando!

Se ha cometido un robo de mucha importancia en la calle de la Almudena número 3.

Los ladrones, que no han sido habidos, como es consiguiente, han tenido el buen gusto de escoger los objetos de valor artístico, dejando lo que, al parecer, valía más que ellos.

Así han sabido distinguir perfectamente los cuadros de Goya, Hispalito y Rivera...

Debemos dar el pésame al robado y á la policía, pero felicitándonos interiormente.

¡Porque eso revela que la cultura va cundiendo hasta en las clases desheredadas.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Realma.—No, largo no es, lo que tiene es un ligero saborcillo de agua de Loeches...

Baco.—Que otro grito no se oiga que: ¡Viva el poleón! es un verso demasiado largo. Me parece.

Sr. D. F. S.—Madrid.—Eso es guasa. ¿No? Pues peor para usted.

Un gracioso y Uno que guipa.—Ustedes dos son uno solo que pega un palo en dos tarjetas distintas. Puede que tenga usted razón, pero ¿cómo diablos voy yo á remediar eso?

Sineca.—Los epigramas son verdes ¡oh amado filósofo! y las humoradas no son tales humoradas.

Sor Costa.—Poco *chic* tiene eso, madre superiora.

Petenera.—No mide usted bien los versos tampoco. Porque aquello de «Que dándole besas á la flor» tiene más de ocho sílabas, y lo de «Roja mancha tinta» tiene menos.

Ternillo.—Tiene usted razón. Son serios. Y no se dice *fioreta*, sino *fiorella*.

Una y tantas.—No está bien, pero me ha dado usted, sin querer, una idea. Algo es algo; gracias.

Sr. D. J. P.—Cádiz.—Muy malos. Así, con franqueza.

Sr. D. B. M.—Zaragoza.—Flojitos. Y en cuanto al consejo... habrá usted notado que hace rato ha desaparecido el suelo en cuestión.

Divión Fatidón.—Ni V. conoce á Cilla, ni á mí, ni la gracia de las bromas, ni la gramática de la lengua.

Cumbriang.—El cantar y el epigrama
¡vive Dios!

son una pura camama,
digo, dos.

Restituto.—¡Enterado estás! El papel es el mismo y lo será siempre. La mayor ó menor consistencia de algunos ejemplares depende de la tirada. Aquí no hacemos esas economías ni dejamos de trabajar nunca.

Titi.—Lea V. á su amigo sus propias notas.

Boulanger.—Esas moralejas
resultan malejas.

Sr. D. G. R.—Puerto de Santa María.—No está mal del todo, pero el asunto... Usted puede hacerlo bien. Se va á cien leguas.

Insubordinati.—El ejemplar á que alude ha sido pedido con fecha 24 del actual y servido con la misma fecha. Si V. quiere convencerse puedo remitirle la carta del corresponsal.

Sr. D. D. R.—Madrid.—No, no sirve, porque cada verso tiene un defecto grave.

Melón.—¡Hombre! Lo tenía en la punta de la lengua.

Sr. D. G. E. G.—Madrid.—Resulta azevidillo. Lo del amigo *Cascabel* está medido infamemente.

Sr. D. L. L.—Madrid.—V. no lee con frecuencia el periódico, porque de lo contrario sabría que no podemos, aunque quisiéramos, admitir artículos.

Sr. D. F. N.—Madrid.—Se ha publicado ya esa caricatura, es decir, la caricatura de ese escritor.

P. T. Nera.—Las colecciones se encuadernan en el taller de A. Mébard, paseo del Prado, 22. El sonetito es malo.

Sr. D. J. A.—Linares de Allande.—Gracias, *chavó*.

Florita.—Se publicará.

Conserente.—Endeble como el solo.

Ruffi.—¡Qué horrosas coplas! ¡Uf!

¡Qué malas, señor de Ruffi!

LECTURA DE DRAMA



—¿Qué es el mundo? Un erial.
 ¿Qué es la vida? Una ilusión.
 ¿Qué es el hombre?...

—Un animal,
 dicho sea con perdón

ANUNCIOS

Lit. Espíritu-Santo, 18, Madrid

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL. LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
 Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DEBUTANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.
 Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.
 Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
 A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.
 Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.
 En provincias no se admiten por menos de seis meses.
 Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Península, 4, primero izquierda

Teléfono núm. 2.100

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

COMPANÍA COLONIAL
 PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA
CHOCOLATES
 ACREDITADOS CAFES
 28 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
 Y PARA SU DIRECTOR
 LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR
 en la Exposición Universal de París de 1878
TES.—TAPIOCA.—SAGU
 BOMBONES FINOS DE PARÍS
 Depósito general. Calle Mayor. 18 y 20
 Sucursal. Montera, 8
 Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

Biblioteca del MADRID CÓMICO

PÓLVORA SOLA

COLECCION DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SINESIO DELGADO
 DIBUJOS DE CILLA
 FOTOGRAFIADOS DE THOMAS, LAPORTA Y VALDÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.
 PRECIO: TRES PESETAS.—A los libreros y corresponsales, DOS.

COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:
 Sin encuadernar.—A los suscritores, 3 pesetas.—A los no suscritores, 10 pesetas.—Encuadernado en tela.—A los suscritores, 10 pesetas.—A los no suscritores, 12,50.

ESPAÑA CÓMICA

Album de 50 cartulinas que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo, elegantemente encuadernada.

Precio: 25 PESETAS

Los pedidos se sirven, bajo certificado, á vuelta de correo.